

derado de Roma, Siena, la Marca y toda la Romaña, faltándole sólo Florencia, para invadir con su ejército Lombardia, murió. De este modo la muerte fué siempre el mejor amigo de los florentinos, y más poderoso para salvarlos que su valor.

Después de morir el Rey, hubo en Florencia tranquilidad interior y exterior durante ocho años, á cuyo término reaparecieron los partidos, á la vez que emprendía la guerra con Felipe, duque de Milán. Los bandos no cesaron ya hasta acabar con aquel gobierno, que duró desde 1381 hasta 1434, mantuvo con tanta gloria tantas guerras, y ganó para el dominio florentino Arezzo, Pisa, Cortona, Liorna y Monte Pulciano.

Mayores cosas hubiera hecho de seguir unidos los ciudadanos y no renovar éstos las antiguas discordias, como las renovaron, según en el siguiente libro se verá demostrado.

LIBRO IV.

SUMARIO.

- I. Peligros en los gobiernos repúblicanos: la servidumbre y la licencia.—II. Estado de Florencia y reorganización del gobierno de esta ciudad.—III. Juan de Bici de Médicis restablece en Florencia la autoridad de su familia (1420). Felipe Visconti, duque de Milán, procura el acuerdo con los florentinos y pacta con ellos la paz.—IV. Por sospechas que tienen los florentinos de las atrevidas empresas del Duque en Italia, recomienza la guerra (1424).—V. Felipe se apodera de Forli.—VI. Son derrotados los florentinos por el ejército del Duque junto á Forli.—VII. Este revés suscita las murmuraciones del pueblo contra los consejeros de la guerra; pero restablece la calma Rinaldo de Albizzi y se provee á la continuación de la guerra.—VIII. Un nuevo tributo impuesto para mantener la guerra provoca desórdenes.—IX. Rinaldo de Albizzi aconseja devolver la gobernación á los poderosos.—X. Juan de Médicis desaprueba el consejo.—XI. Esta desaprobación aumenta su crédito en el pueblo; pero le produce la aversión de Rinaldo (1426).—XII. Heroísmo de Biagio de Melano en la defensa del castillo de Monte Petroso y cobardía de Zanobi del Pino.—XIII. Los florentinos pactan alianza con el señor de Faenza y con los venecianos.—XIV. Institución del catastro, aconsejada principalmente por Juan de Médicis. Disgusta á los ricos. Partidos que ocasiona (1427).—XV. Paz con el Duque de Milán.—XVI. Muerte de Juan de Médicis (1429).—XVII. Rebelión de los de Volterra, sofocada rápidamente.—

XVIII. Nicolás Fortebraccio, licenciado del servicio de los florentinos, ataca á los de Luca.—XIX. Determinación acerca de la guerra de Luca.—XX. Los florentinos nombran comisarios para la guerra de Luca, y convienen con Fortebraccio que la siga como soldado de la República, cediendo á ésta las poblaciones que había ocupado.—XXI. Atropellos de Astorre Gianni contra los de Seravezza.—XXII. Acusación contra Rinaldo de Albizzi.—XXIII. Felipe Brunelleschi propone tomar á Luca variando el curso del río Serchio, y no se logra (1430).—XXIV. Las tropas del Duque, llegadas en auxilio de los luqueses, se apoderan de algunas poblaciones.—XXV. Francisco Sforza hace que los luqueses expulsen á su Señor. Derrota de los florentinos por las tropas del Duque.—XXVI. Cosme de Médicis. Sus condiciones. Sus procedimientos para llegar á ser grande (1433).—XXVII. El crecimiento de su poder infunde sospechas á muchos ciudadanos, y especialmente á Nicolás de Uzano y á sus partidarios.—XXVIII. Rinaldo de Albizzi hace que Bernardo Guadagni sea elegido Confaloniero y que éste prenda á Cosme y lo tenga detenido en el Palacio.—XXIX. Los Albizzi intentan restablecer á los nobles en el gobierno, y toman las armas contra la Señoría.—XXX. Procedimientos de la nueva Señoría favorables á Cosme.—XXXI. El papa Eugenio IV, estando en Florencia, se hace mediador para restablecer la tranquilidad.—XXXII. Llamamiento de Cosme y destierro de Rinaldo y de todos los partidarios de los Albizzi (1434). Vuelta triunfal de Cosme á Florencia.

I. Las ciudades, especialmente las no bien ordenadas, que se gobiernan bajo la forma republicana, varían con frecuencia de gobierno y organización, pasando, no de la libertad á la servidumbre, como muchos creen, sino de la servidumbre á la licencia; porque los ministros de la licencia, que son los demagogos, y los de la servidumbre, que son los nobles, de la libertad sólo emplean el nombre, deseando unos y otros no obedecer ni á las leyes ni á los hombres.

Sólo cuando sucede (y ocurre raras veces) que, por

buena fortuna de la ciudad, aparece en ella un ciudadano sabio, bueno y poderoso, que establece leyes con las cuales apacigua las rivalidades entre los nobles y el pueblo, ó las comprime de suerte que no ocasionen perturbaciones, puede decirse que la República es libre y que goza de un gobierno estable y seguro; porque fundada en buenas leyes y buena organización, no necesita, como las otras repúblicas, de la virtud de un hombre á quien confiar su salud.

Muchas repúblicas antiguas tuvieron constitución y leyes de este género, y con ellas larga vida; y han faltado, y faltan, en las que con frecuencia pasa el gobierno de la condición de tiránico á la de licencioso, y de ésta á aquella; porque en ellas, á causa de los poderosos enemigos que tiene cada uno de estos estados, ni hay ni puede haber estabilidad alguna. Si el uno desagrade á los buenos, el otro á los sabios. Con el uno se puede hacer fácilmente el mal; con el otro difícilmente el bien. En uno tienen sobrada autoridad los insolentes; en el otro los ignorantes. Uno y otro necesitan ser mantenidos por la habilidad y la fortuna de un hombre que puede morir, ó inutilizarse en la lucha.

II. El gobierno establecido en Florencia á la muerte de Jorge Scali, en 1381, lo mantuvo primero la virtud de Maso de Albizzi y después la de Nicolás de Uzano. Reinó tranquilidad en ella desde 1414 á 1422. Había muerto el rey Ladislao y, estando dividido el Estado de Lombardía en muchos partidos, ni dentro ni fuera existía motivo alguno de alarma.

Junto á Nicolás de Uzano, los ciudadanos de más autoridad eran Bartolomé Valori, Nerón de Nigi, maese Rinaldo de Albizzi, Neri de Gino (Capponi) y Lapo Ni-

colini. Los bandos que nacieron por la discordia de los Albizzi y los Ricci, y que tan violentamente reanimó Silvestre de Médicis, no habían desaparecido; y aunque el partido popular sólo había imperado tres años, siendo vencido en 1381, como era el que más crédito tenía en la multitud, no había medio de extinguirlo. Verdad es que las frecuentes asambleas extraordinarias y las continuas persecuciones contra los jefes de este partido, desde 1381 á 1400, lo redujeron casi á la nada.

Las primeras familias perseguidas como cabezas de dicho bando fueron las de Alberti, Ricci y Médicis, que sufrieron graves daños en las personas y en los bienes, y á los que en la ciudad quedaron se les privó del honor de desempeñar cargos públicos. Tantos golpes habían abatido y casi extinguido aquel partido. Quedaba, sin embargo, en muchos hombres memoria de las injurias recibidas y deseo de vengarlas; pero, faltos de medios para conseguirlo, la ocultaban en su pecho.

Los nobles del partido del pueblo que gobernaban pacíficamente la ciudad, cometieron dos errores que ocasionaron su caída del poder: uno, llegar á ser, por la permanencia en el mando, altaneros; otro, no cuidarse, por las envidias que había entre ellos y la larga posesión del gobierno, de si podrían combatirles sus enemigos.

III. Reviviendo, pues, con las iniquidades de su conducta, el odio de la multitud; no vigilando los peligros, porque no los temían, ó fomentándolos con las envidias que había entre ellos, hicieron que la familia Medicis recobrarla la autoridad. El primero de ella que empezó á sobresalir fué Juan de Bicci. Había llegado á ser riquísimo y, teniendo carácter bondadoso y humano, concedieron los gobernantes que fuera elegido para la pri-

mera magistratura (1420), lo cual acogió el pueblo con tanta alegría, á causa de creer la multitud que había adquirido un defensor, que con razón empezaron á temer los más avisados la reproducción de los antiguos motivos de desórdenes.

No dejó de advertir Nicolás de Uzano á los otros ciudadanos cuán peligroso era ensalzar á uno que gozaba en el pueblo tanto prestigio; cuán fácil era remediar los desórdenes al principio, y difícil contrarrestarlos cuando se les había dejado crecer; y que veía en Juan muchos más recursos que tuvo en sus manos Silvestre de Médicis. Los colegas de Nicolás no escucharon estos consejos, porque envidiaban su fama y deseaban compañeros para combatirlo.

Vivíase, pues, en Florencia con este espíritu de discordia que ocultamente empezaba á rebullir, cuando Felipe Visconti, segundo hijo de Juan Galeazzo que, por la muerte de su hermano, llegó á Señor de toda la Lombardia, creyendo estar en condiciones para llevar á cabo cualquier empresa, deseó con empeño apoderarse de Génova, que gozaba de libertad bajo el gobierno del dux Tomás de Campo Fregoso; pero desconfiaba poder realizar este ú otro proyecto si antes no ajustaba nuevo tratado con los florentinos, pues creía bastarle la fama de éstos para satisfacer sus deseos. Por tanto, envió embajadores á Florencia para pedir el convenio.

Aconsejaban muchos ciudadanos que no se hiciera, manteniendo, sin hacerlo, la paz en que vivían hacía años con los Visconti; porque conocían cuánto favorecía al Duque el tratado y cuán poco útil era para la ciudad. Otros creían que debía hacerse con determinadas condiciones, de modo que, al faltar á ellas, descubriera todos

sus malos propósitos, en cuyo caso con mayor justicia se le podía declarar la guerra. Discutido de esta suerte, se ajustó el convenio (1421), prometiendo en él Felipe no ocuparse de las cosas que ocurrieran al lado de acá de los ríos Magra y Panaro.

IV. Hecho el tratado, tomó Felipe á Brescia (1422) y poco después á Génova, contra la opinión de aquellos que en Florencia habían defendido hacer el tratado porque creían que á Brescia la defenderían los venecianos y que Génova se defendería por sí misma. Como en la capitulación que con el Dux de Génova había hecho Felipe le dejaba á Serezana y otras plazas situadas al lado de acá del Magra, á condición de que, si quería enajenarlas, sólo pudiera hacerlo á los genoveses, resultaba violado por el duque de Milán el tratado con los florentinos. Además de esto, había hecho un convenio con el Legado de Bolonia, cosas ambas que alteraron los ánimos en Florencia y obligaron á los ciudadanos, temerosos de nuevos males, á pensar en nuevos remedios. Cuando Felipe lo supo, para justificarse, ó para conocer las intenciones de los florentinos, ó para adormecerles, mandó á Florencia embajadores, mostrando maravillarse de las sospechas que allí tenían y ofreciendo renunciar á cualquier cosa hecha que pudiera engendrar recelos.

Lo que consiguieron estos embajadores fué dividir la ciudad, porque unos, y entre ellos los que tenían más crédito en el gobierno, opinaban que convenía armarse y prepararse á contrarrestar los designios del enemigo; y si, hechos los preparativos, Felipe continuaba tranquilo, no se declararía la guerra y la paz sería más segura. Otros muchos, ó envidiosos de los que gobernaban, ó por miedo á la guerra, juzgaban que no se debía sospechar

ligeramente de un amigo; que lo que había hecho no merecía tantos recelos; y que el nombramiento de los Diez para administrar los ejércitos y el tomar gente á sueldo suponía desde luego la guerra; la cual, emprendida contra príncipe tan poderoso, equivalía á la ruina segura de la ciudad, sin esperanza en cambio de nada útil, por no poderse dominar lo que se conquistara, á causa de estar por medio la Romana, en la que no cabía pensar por la vecindad de la Iglesia.

Prevalció la opinión de los que querían prepararse; la guerra, sobre la de los que deseaban continuarse la organización propia de la paz; nombraron los Diez; asoldaron tropas y establecieron nuevos impuestos. Por gravar éstos más á los ciudadanos de las clases inferiores que á los de las superiores, fueron objeto de numerosas reclamaciones, censurando todos la ambición y avaricia de los potentados y acusándoles de que, para satisfacer sus ambiciones y oprimir al pueblo, provocaban una guerra innecesaria.

V. No se había llegado con el Duque á manifiesta ruptura, pero tampoco ocurría cosa que no aumentara los recelos. Á petición del Legado de Bolonia, temeroso de Antonio Bentivogli, que, desterrado, vivía en Castel-Boloñés, envió Felipe tropas á aquella ciudad (1423), y al ocuparla, por estar inmediata á los dominios de Florencia, causaron alarma en esta ciudad. Pero lo que asustó á todos y proporcionó sobrado motivo para declarar la guerra, fué la empresa del Duque contra Forli.

Era señor de Forli Jorge Ordelaffi quien, al morir, dejó á su hijo Teobaldo bajo la tutela de Felipe; y aunque la madre, pareciéndole el tutor sospechoso, envió á Teobaldo con su abuelo Luis Alidosi, señor de Imola, el

pueblo de Forli la obligó á que cumpliera el testamento de su marido, poniendo á Teobaldo en manos del Duque.

Para evitar sospechas y ocultar mejor sus intentos, ordenó Felipe que el Marqués de Ferrara enviara como procurador suyo á Guido Torello con tropas y se apoderase del gobierno de Forli. Así vino aquella ciudad al poder de Felipe Visconti.

Sabido esto en Florencia, al mismo tiempo que la llegada de las tropas á Bolonia, facilitó la determinación de declarar la guerra á pesar de haber gran oposición á ella, oposición que Juan de Médicis sostenía públicamente, diciendo que, aun estando seguros de las intenciones hostiles del Duque, era mejor esperar á que atacase que salir á acometerle, porque en este caso la guerra parecería á los otros príncipes de Italia tan justificada por parte del Duque como por la nuestra, y no se podrían pedir en justicia los auxilios que convendría tener una vez descubierta su ambición, además de que defendería sus posesiones con mucho más valor y tenacidad que atacaría las ajenas. Los otros decían que no era conveniente esperar al enemigo en casa, sino salir á buscarle; que la fortuna es más amiga de quien ataca que de quien se defiende, y que la guerra se hace con menos daño, aunque con mayores gastos, en casa ajena que en la propia. Tanto prevaleció esta opinión, que se acordó hicieran los Diez todo lo necesario para librar la ciudad de Forli de las manos del Duque.

VI. Al ver Felipe que los florentinos querían ocupar plazas que él tenía empeño en defender, quitándose la máscara, envió á Agnolo de la Pèrgola con grueso cuerpo de tropas á Imola (1424), para que el Señor de aquella ciudad, preocupado en defenderla, no pensara en la tutela

del nieto. Llegó Agnolo junto á Imola cuando el ejército de los florentinos se encontraba aún en Modigliana, y por haber helado la crudeza del frío el agua de los fosos de la ciudad, la tomó por sorpresa en una noche y envió prisionero á Milán á Luis Alidosi.

Perdida Imola y declarada la guerra, enviaron los florentinos sus tropas á Forli, sitiándola y estrechándola por todos lados; y para que las del Duque no pudieran concentrarse y hacer levantar el cerco, tomaron á sueldo al conde Alberigo que, desde su castillo de Zagonara, hacia diariamente correrías hasta las puertas de Imola.

Viendo Agnolo de la Pèrgola que no podía socorrer eficazmente á Forli, por la fuerte posición que ocupaba nuestro ejército, determinó atacar á Zagonara, juzgando que los florentinos no querían dejar perder esta plaza, y que, para defenderla, levantarían el sitio de Forli y acudirían á combatir con desventaja. Pronto obligó el ejército del Duque al conde Alberigo á pedir capitulación, que le fué concedida, prometiendo entregar la plaza á los quince días, si los florentinos no venían en su socorro.

Cuando se supo en el campamento florentino y en Florencia esta capitulación, deseosos todos de que el enemigo no alcanzara aquella victoria, hicieron que lograra otra mayor; porque, al levantar el ejército el sitio de Forli, para socorrer á Zagonara, marchando al encuentro del enemigo, fué derrotado, no tanto por el valor de los adversarios, como por la inclemencia del tiempo; pues habían marchado los nuestros muchas horas sobre profundo lodo, y sufriendo constantemente la lluvia, cuando encontraron al enemigo tan descansado y dispuesto, que fácilmente les pudo vencer. Sin embargo, en esta derrota, celebrada en toda Italia, sólo murió Luis de Obizzi

y dos de los suyos, por caer de los caballos, y ahogarse en el fango.

VII. Este descalabro consternó á toda la ciudad de Florencia, y principalmente á los grandes que habian aconsejado la guerra, porque se veian sin tropas ni aliados ante el enemigo victorioso y el pueblo era contrario á ellos, hablando en todas las plazas con acerbos frases, censurando lo excesivo de los impuestos y la guerra emprendida sin justo motivo.

«¿Acaso, decían, han sido nombrados los Diez para infundir temor al enemigo? ¿Acaso han enviado socorro á Forli para librarla del poder del Duque? No. Sus secretos designios y el fin que se proponían están descubiertos: no eran defender la libertad, de la cual son enemigos, sino aumentar su poder personal, que Dios, justamente, ha disminuido. Y no sólo han dañado á la República con esta empresa, sino con otras muchas, porque semejante á ésta fué la acometida contra el rey Ladislao. ¿A quién demandarán ahora socorro? ¿Al papa Martín, que han ofendido por satisfacer á Braccio? ¿A la reina Juana que, por abandonarla, la han obligado á arrojarla en brazos del rey de Aragón?»

Además de esto decían todo lo que suele decir un pueblo irritado. La Señoría, en vista de ello, creyó oportuno reunir bastantes ciudadanos para que, con sus discursos, calmaran el rencor de la multitud. Rinaldo de Albizzi, hijo mayor de Maso, que aspiraba por sus méritos y por la memoria de su padre al primer puesto en la República, habló largamente, mostrando que era imprudencia juzgar las cosas por los efectos, porque muchas veces, cosas bien aconsejadas tienen mal fin y las más disparatadas, bueno. Elogiar los propósitos insen-

satos porque tengan buen fin, es lo mismo que animar á los hombres á errar, con gran daño de la república, porque no siempre los malos consejos tienen feliz resultado. De igual suerte se yerria censurando una buena determinación porque tenga mal fin, pues se desanima á los ciudadanos inteligentes para aconsejar á la república diciéndole su opinión.

Demostró después la necesidad que había de comenzar aquella guerra y cómo, de no emprenderla en Romaña, se hubiera hecho en Toscana. Que puesto que Dios había querido que el ejército fuera derrotado, la pérdida sería más grave cuanto más se dejara al enemigo; en cambio, si se hacía rostro á la mala fortuna y se ponían en práctica todos los remedios posibles, ni ellos sentirían la pérdida, ni al Duque aprovecharía la victoria. Que no debían asustarles los gastos y los tributos extraordinarios, porque serían menores que los ya hechos, y por ser menos los preparativos necesarios á los que quieren defenderse que á quienes desean ofender. Excitóles, finalmente, á imitar á sus antecesores que, por no desanimarse en ninguna adversidad, se habían defendido siempre de todos los príncipes.

VIII. Alentados, pues, los ciudadanos por su autoridad, tomaron á sueldo al conde Oddo, hijo de Braccio, dándole por consejero á Nicolás Piccinino, discípulo de Braccio, y el más famoso de los que á las órdenes de éste habían militado. Añadieron á las tropas de Oddo las de otros capitanes asoldados, y dieron caballos á los que los habian perdido en la derrota. Eligieron veinte ciudadanos para que crearan nuevos impuestos, quienes, aprovechando el abatimiento que la derrota había producido á los poderosos, sin consideración alguna los hi-

cieron gravosísimos para éstos (1426). Ofendieron mucho tales impuestos á los ricos, aunque al principio, por echarla de generosos, no se quejaban, pero sí los tachaban de injustos, opinando que se disminuyera su importe; mas los que supieron esta opinión la rechazaron en los Consejos.

Entonces, para que se sintiera lo pesado de los nuevos tributos y para que la mayoría los odiara, procuraron que los recaudadores los exigieran con todo rigor, autorizándoles para matar á los que resistieran á sus agentes cobradores, lo cual ocasionó lamentables accidentes por muertes ó heridas de algunos ciudadanos. Todo el mundo preveía el nuevo ensañamiento de los partidos y los futuros males que ocasionaría á la patria, no aviniéndose los poderosos, acostumbrados á grandes consideraciones, á ser maltratados, y queriendo los otros que cada cual pagase con arreglo á sus haberes.

Reuniéronse muchos de los principales ciudadanos, conviniendo en que era necesario reformar el gobierno, porque su negligencia había dado ocasión al pueblo para censurar los actos públicos y reanimado las esperanzas de los que solían ser jefes de la multitud. Discutido este asunto repetidas veces en particular, determinaron reunirse todos, y así lo hicieron en la iglesia de San Esteban más de setenta ciudadanos, con licencia de maese Lorenzo Ridolfi y de Francisco Gianfigliuzzi, que eran entonces Señores. No estuvo con ellos Juan de Médicis, ó porque, por sospechoso, no le citaran, ó porque no quisiera intervenir en el asunto, á causa de opinar en contra de lo que deseaban los reunidos.

IX. Habló á todos maese Rinaldo de Albizzi. Mostró las condiciones en que se encontraba la ciudad y cómo,

por negligencia de ellos, había caído de nuevo en poder de la plebe, del que la arrancaron sus padres en 1381; recordó la iniquidad de aquel gobierno imperante desde 1378 hasta 1381, al cual debía cada cual de los que le escuchaban, quién la muerte del padre, quién la del abuelo; advirtió que amenazaban iguales peligros y los mismos desórdenes para la ciudad, porque la multitud había establecido ya un impuesto cuantioso por autoridad propia, y después, si con mayor fuerza é instituciones más vigorosas no se la contenía, elegiría los magistrados á su arbitrio, viniendo éstos á ocupar los cargos que ahora desempeñaban los reunidos, y acabaría con la organización del gobierno que durante cuarenta y dos años había mantenido la República con tanta gloria, siendo gobernada Florencia, ó al acaso por el arbitrio de la multitud, que sólo permite vivir licenciosa ó peligrosamente, ó bajo la potestad de uno que se hiciera príncipe de la plebe.

Por tanto, aseguró que los que amasen su honor y la patria tenían que dolerse de aquella situación, y debía recordar la virtud de Bardo Mancini que, con la ruina de los Alberti, libró á la ciudad de los peligros en que se encontraba. Dijo que la causa de la audacia de la multitud nacía de los numerosos escrutinios que por negligencia habían permitido y que habían llevado á los cargos públicos hombres nuevos y sin consideración. En su sentir, el único modo de remediar estos males consistía en devolver la gobernación á los nobles y quitar autoridad á las artes menores, reduciéndolas de catorce á siete, con lo cual la plebe tendría en el Consejo menos influencia, no sólo por disminuir el número de sus representantes y por tener mayor autoridad los nobles, sino

porque éstos, por la antigua enemistad, se opondrían á los plebeyos.

Afirmó que la prudencia aconsejaba valerse de los hombres según los tiempos, porque si sus antecesores se valieron de la plebe para refrenar la insolencia de los poderosos, ahora eran los nobles humildes y los plebeyos insolentes, y convenía reprimir la audacia de éstos con ayuda de aquéllos, lo cual podía conseguirse por astucia ó por fuerza, siendo algunos de ellos del Consejo de los Diez, y pudiendo traer tropas á la ciudad secretamente.

Todos aprobaron el consejo de maese Rinaldo, que fué objeto de grandes elogios, y entre otros, Nicolás de Uzano dijo que cuanto había dicho Rinaldo era atinado y cierto, y los remedios propuestos seguros y buenos, si podían realizarse sin producir una división manifiesta en la ciudad, lo que se conseguiría atrayendo á su causa á Juan de Médicis porque, en tal caso, la multitud, privada de medios y de fuerza, no podría ofender; pero en caso contrario, nada cabría hacer sin apelar á las armas, y con las armas juzgaba peligroso lograr la victoria, ó disfrutar de ella si se conseguía. Recordó en seguida con moderación sus anteriores consejos y cómo, por no haber querido remediar las dificultades en aquel tiempo, cuando era fácil, ahora no se las podría vencer sin riesgo de mayor daño, siendo el único recurso ganar á Médicis en favor de sus propósitos. Encargaron, pues, á maese Rinaldo la misión de ver á Juan de Médicis y de procurar atraerle á su partido.

X. Cumplió el caballero el encargo, y en los términos más persuasivos que imaginó, aconsejóle realizar esta empresa con ellos, y no aumentar, por favorecer á la mul-

titud, la audacia de ésta, destruyendo así la República y la ciudad.

Juan de Médicis respondió que creía ser oficio de sabio y buen ciudadano no alterar el régimen consuetudinario en su patria, porque estas mudanzas son las que más ofenden á los hombres y, realizándose en perjuicio de muchos, su malquerencia hace temer el día menos pensado cualquier grave accidente. Parecíale que aquella determinación produciría dos cosas perniciosísimas: una, dar los cargos públicos á quienes, por no haberlos ejercido nunca, no los echaban de menos, y eran quienes menores motivos tenían para quejarse de no obtenerlos; otra, quitarlos á los que, por la costumbre de tenerlos, no permanecerían tranquilos hasta recuperarlos, resultando mucho mayor la ofensa hecha á una de las partes que el beneficio á la otra, procurándose el autor de esta reforma pocos amigos y muchísimos enemigos y siendo éstos más resueltos á ofenderle que aquéllos á defenderle, pues los hombres están naturalmente más prontos á la venganza de la injuria que al agradecimiento del beneficio, por creer que éste les causa daño, y aquélla utilidad y satisfacción.

«Y vos—añadió, refiriéndose directamente á maese Rinaldo—si recordáis las cosas sucedidas y la doblez con que en esta ciudad se procede, seréis menos entusiasta de esta determinación, pues, quienes la aconsejan, cuando hayan quitado por medio de la fuerza su autoridad al pueblo, os quitarán la vuestra con ayuda de los que, por esta ofensa, se conviertan en vuestros enemigos. Vuestra suerte será la de Benedicto Alberti que, por persuasión de quienes no le amaban, consintió en la ruina de Jorge Scali y Tomás Strozzi, y poco después, los mismos que le persuadieron, le desterraron.»

Le indujo, pues, á pensar con mayor madurez el asunto y á que imitara á su padre que, por atraerse la benevolencia de todos, disminuyó el precio de la sal; mandó que á quien se impusiera menos de medio florín de contribución, la pagara ó no, según su voluntad, y determinó que los días en que se reunieran los Consejos no se pudiese perseguir á ningún ciudadano por deudas. Terminó declarando que por su parte mantendría la Constitución de la República.

XI. Estas negociaciones fueron sabidas y aumentaron el crédito de Juan de Médicis y el odio contra los otros ciudadanos; pero evitaba aquel las demostraciones de afecto para disminuir el ardor de los que, con su apoyo, deseaban cosas nuevas, dando á entender á todos con sus razonamientos que no se proponía suscitar bandos, sino extinguirlos, y que de él sólo debía esperarse la unión de la ciudad. Esto disgustaba á muchos de su partido, quienes querían se mostrara con más energía y menos moderación.

Era uno de ellos Alamán de Médicis que, por ser de carácter impetuoso, no cesaba de excitarle á perseguir á los enemigos y favorecer á los amigos, censurando su frialdad y la lentitud de sus procedimientos, lo cual, según decía, ocasionaba que los enemigos trabajasen contra él sin reparo alguno, trabajos que producirían algún día la ruina de su casa y de sus amigos. Su propio hijo Cosme le excitaba en el mismo sentido; pero ni revelaciones ni pronósticos cambiaban los propósitos de Juan de Médicis. Á pesar de esto, descubiertos los deseos de los partidos, estaba la ciudad en manifiesta división.

Había en Palacio, al servicio de los Señores, dos canchilleres, Martino y Pagolo. Éste favorecía el partido de

Uzano, y aquél el de Médicis. Cuando maese Rinaldo vió que Juan no se unía á ellos, intentó que se privara de su cargo á Martino, juzgando que así tendría después la Señoría más favorable; pero, sabido el intento por sus adversarios, no sólo defendieron á Martino, sino que el privado del cargo fué Pagolo, aumentando con ello el rencor del bando contrario.

Esto hubiera causado lamentables efectos, á no ser la guerra lo que más preocupaba á la ciudad, atemorizada por la derrota de Zagonara; pues mientras tales cosas ocurrían en Florencia, Agnolo de la Pérgola, con el ejército del Duque de Milán, se había apoderado de todas las poblaciones que en la Romaña poseían los florentinos, excepto Castrocaro y Modigliana, unas por falta de medios de defensa, y otras por culpa de los que las guardaban.

En la ocupación de estos pueblos hubo dos sucesos que demuestran cuán preciado es aún para los enemigos el valor, y cuánto repugnan la cobardía y la bajeza.

XII. Biagio del Melano era gobernador del castillo de Monte Petroso, al cual habían puesto fuego los enemigos; y no viendo medio de salvarlo, arrojó paja y paños por la parte que aun no ardía, y sobre ellos á sus dos hijos, que eran de corta edad, diciendo á los enemigos: «Tomad para vosotros los bienes que la fortuna me ha dado y que me podéis quitar; los que tengo en mi corazón, en los cuales consiste mi honor y mi gloria, ni os los doy ni me los quitaréis.»

Acudieron los enemigos á salvar á los niños, poniendo escalas y cuerdas para que también se salvara el padre; pero éste no quiso, prefiriendo morir en las llamas á deber la vida á los enemigos de su patria. ¡Ejemplo ver-

daderamente digno de la antigüedad heroica, y tanto más admirable cuanto es más raro!

El enemigo dió á los hijos cuanto se pudo salvar y, con grandísimo cuidado, los entregó á sus parientes. La República no fué menos cariñosa con ellos, pues les concedió para mientras vivieran los medios de subsistencia.

Lo contrario de esto ocurrió en Galeata, donde era podestá Zanobi del Pino que, sin defensa alguna, entregó al enemigo el castillo, y además aconsejaba á Agnolo de la Pérgola abandonar las montañas de la Romaña y venir á los valles de Toscana, donde podría hacer la guerra con menos peligro y mayor ganancia. No pudo Agnolo sufrir la vileza y perfidia de Zanobi, y lo entregó á sus criados, quienes, después de muchos insultos y afrentas, sólo le dieron de comer papeles con pinturas de serpientes, diciéndole que con esta comida lo querían convertir de güelfo en gibelino. Extenuado por este tratamiento, murió á los pocos días.

XIII. Entretanto el conde Oddo con Nicolás Piccinino había entrado en Val di Lamona para obligar al señor de Faenza á aliarse con los florentinos, ó al menos para impedir á Agnolo de la Pérgola recorrer libremente la Romaña; pero siendo este valle fortísimo y sus habitantes muy belicosos, el conde Oddo fué muerto, y Nicolás Piccinino llevado prisionero á Faenza.

La fortuna quiso, sin embargo, que los florentinos obtuvieran por la derrota lo que no hubieran conseguido por la victoria, porque Nicolás influyó tanto con el señor de Faenza y con su madre, que les hizo aliados de Florencia.

Por este acuerdo quedó en libertad Nicolás Piccinino, quien no siguió el consejo que había dado á los otros, porque, al negociar con el gobierno florentino el ajuste de

sus servicios, ó porque le parecieran las condiciones mezquinas, ó porque las encontrara mejores en otra parte, repentinamente partió de Arezzo, donde estaba de guarnición, fué á Lombardía, y se puso á sueldo del Duque.

Consternó á los florentinos este suceso y, asustados además, por lo cuantioso de los gastos, juzgando que les era imposible mantener por sí solos la guerra, enviaron embajadores á los venecianos, para convencerles de que debían oponerse, cuando aun era fácil, al engrandecimiento de un príncipe que, si le dejaban prosperar, sería tan peligroso para ellos como para Florencia. Impulsaba también á los venecianos para esta empresa Francisco Carmagnola, uno de los capitanes más famosos de aquel tiempo, que primero estuvo al servicio del Duque, y después se rebeló contra él.

Dudaban los venecianos, por no saber si debían fiar en Carmagnola, pues sospechaban que la enemistad entre éste y el Duque fuera fingida; pero estando en estas vacilaciones, ocurrió que el Duque, valiéndose de un criado de Carmagnola, le hizo envenenar; y aunque el veneno no fué eficaz para matarle, le tuvo á las puertas de la muerte.

Descubierta la causa de la enfermedad, los venecianos abandonaron toda sospecha, y como continuaban los florentinos solicitándoles, hicieron liga con ellos, obligándose ambas partes á mantener la guerra á gastos comunes, siendo las conquistas que se hicieran en Lombardía para Venecia, y las de la Romaña y Toscana para Florencia. Carmagnola fué nombrado general en jefe de las tropas aliadas.

Redújose por esto la guerra á Lombardía, donde Carmagnola la dirigió valerosamente, y en pocos meses

quitó muchas poblaciones al Duque, entre ellas la ciudad de Brescia, cuya expugnación en aquel tiempo, y con los medios militares de que se disponía, fué considerada admirable.

XIV. Duraba esta guerra desde 1422 á 1427 y, agobiados los florentinos por los tributos impuestos hasta entonces, decidieron reformarlos (1427). Para que fueran proporcionados á las riquezas de los contribuyentes, se acordó que gravaran sobre los bienes, y que por cada cien florines de capital se pagaría medio florin de contribución. Hecha la repartición de este impuesto por la ley, y no por los hombres, resultó muy onerosa para los ciudadanos ricos, que clamaban contra ella aun antes de que se aprobase. Sólo Juan de Médicis aplaudía públicamente esta ley, que logró fuese votada. Como para su aplicación se acumulaban todos los bienes de cada ciudadano, lo cual llaman los florentinos *accatastare*, denominóse el impuesto, catastro.

Este nuevo modo de repartición puso término á la tiranía de los acaudalados, que no podían ya, como antes, oprimir á los pobres y, con las amenazas en los Consejos, hacerles callar. El impuesto fué bien recibido por la generalidad, y por los ricos con grandísimo desagrado. Pero como los hombres jamás se satisfacen y, conseguida una cosa, no se contentan con ella, sino que desean otra, no contento el pueblo con la igualdad del tributo que nacía de la ley, pedía que á ésta se diera fuerza retroactiva y que se averiguase lo que los ricos, conforme al catastro, habían pagado de menos y se les obligara á abonarlo hasta ponerse al igual de los que, para pagar lo que no debían, tuvieron que vender sus posesiones.

Esta demanda espantó á los ricos mucho más que el

catastro y, para defenderse de ella, no cesaban de combatir el impuesto mismo, asegurando que era injustísimo, por gravar los bienes muebles que hoy se poseen y mañana se pierden, y en cambio se libraban del pago los que tenían dinero oculto, que el catastro no podía descubrir. Añadían que los que por gobernar la República abandonaban sus negocios, debían sufrir menos impuestos que los demás ciudadanos, contribuyendo sólo con su trabajo personal á las necesidades del Estado, y que no era justo que la ciudad disfrutara de sus bienes y de sus esfuerzos personales, mientras los demás sólo contribuían con dinero.

Los partidarios del catastro respondían que, si los bienes muebles cambiaban de manos, también podía cambiar la cuota del impuesto, y, renovándola con frecuencia, se remediaba aquel inconveniente. Que del dinero oculto no se debía tener cuenta, porque si no se disfrutaba, no era justo que pagase contribución, y si se disfrutaba, no estaría escondido. Que á los que no agradase el trabajo de gobernar la República, lo dejaran, sin preocuparse de lo que sucediera, porque de seguro habría ciudadanos amantes de su patria que no tendrían dificultad en servirla con su dinero y sus consejos. Que las comodidades y los honores de la gobernación son tantos, que deben bastar á los gobernantes, sin exigir además librarse de las cargas públicas. Que lo que verdaderamente les perjudicaba no lo decían, y era no poder empuñar una guerra sin daño suyo, por tener que concurrir á los gastos como los demás; de suerte que, de haberse establecido antes esta forma de tributación, no se hubiera hecho la guerra contra el rey Ladislao, ni se haría ahora al duque Felipe; guerras emprendidas, no por

necesidad, sino por enriquecer á algunos ciudadanos.

Juan de Médicis procuraba calmar todos estos debates, demostrando que no habia para qué tratar de lo pasado, sino proveer á lo futuro, y si los impuestos no habían sido antes equitativos, dar gracias á Dios por haber hallado el modo de que lo fuesen, procurando que esto sirviera de motivo de unión y no de divisiones en la ciudad, cosa que sucedería al querer igualar los tributos pasados á los presentes; pues satisfacerse con una mediana victoria, es más atinado que procurar completo triunfo con exposición de perderlo todo. Con tales razonamientos apaciguó aquellas discordias, é hizo que se desistiera de la igualdad en los tributos pasados.

XV. Continuaba entretanto la guerra con el Duque de Milán y se ajustó al fin la paz en Ferrara por mediación de un legado del Papa; pero, por no observar el Duque las condiciones, los de la liga volvieron á tomar las armas y, viniendo á las manos con el ejército ducal, lo derrotaron en Maclovio (1) (1428). Después de esta derrota, el Duque hizo nuevas gestiones de paz, á las que accedieron los venecianos y los florentinos; éstos por sospechar de los venecianos, pareciéndoles que gastaban demasiado en hacerles poderosos, y aquéllos por ver que Carmagnola, después de la derrota del Duque, procedía con suma lentitud, lo cual les hizo desconfiar de él.

Ajustóse la paz en 1428, por la cual los florentinos recuperaron las ciudades perdidas en Romaña y los venecianos se quedaron con Brescia, cediéndoles el Duque, además, Bérgamo y su condado. Costó esta guerra á los florentinos tres millones y quinientos mil du-

(1) Mejor dicho, Macclodio, impropriamente llamado Macaló.

cados; con ella adquirieron los venecianos poder y grandeza, y ellos pobreza y desunión.

Ajustada la paz exterior, empezó la guerra intestina. No pudiendo los grandes sufrir el catastro, ni viendo la manera de suprimirlo, proyectaron un procedimiento para aumentar el número de adversarios de esta institución y tener más auxiliares contra ella. Demostraron á los recaudadores que la ley les obligaba á investigar los bienes que habia en los distritos de la República, para saber cuáles de ellos pertenecían á los florentinos. Á causa de esto, se obligó á todos los súbditos á presentar en un plazo determinado una declaración escrita de sus bienes. Los de Volterra se quejaron á la Señoría de esta obligación, y los recaudadores, indignados, prendieron á diez y ocho volterranos. Esta medida les irritó grandemente, pero no se sublevaron, por no perjudicar á sus conciudadanos presos.

XVI. Por entonces enfermó Juan de Médicis y, conociendo que su dolencia era mortal, llamó á sus hijos Cosme y Lorenzo, á quienes dijo: «Creo haber vivido el tiempo que al nacer me fijaron Dios y la naturaleza. Muero contento, pues os dejo ricos, sanos y en elevada posición; de suerte que podréis, siguiendo mi ejemplo, vivir en Florencia honrados y queridos de todos. Nada me satisface tanto al morir como el recuerdo de no haber ofendido á nadie: antes al contrario, he favorecido á todos en cuanto me era posible. Os aconsejo que hagáis lo mismo. Respecto al gobierno, si queréis vivir seguros, aceptad sólo lo que las leyes y los ciudadanos os concedan, con lo cual, ni excitaréis la envidia, ni estaréis en peligro, porque lo que produce el odio no es lo que á los hombres se concede, sino lo que ellos toman;

siendo común y frecuente ver á hombres que pierden lo que poseen por ambicionar lo ajeno y, antes de perderlo, viven en continuos afanes.

»Con esta conducta he logrado entre tantos enemigos y tantas discordias, no sólo mantener, sino aumentar mi fama en Florencia. De igual manera, si seguís mi ejemplo, mantendréis y aumentaréis la vuestra; pero si tomáis distinto rumbo, pensad que vuestro fin no será más feliz que el de los que, en cuanto nuestra memoria alcanza, se arruinaron y arruinaron sus casas.»

Murió poco después (1429), produciendo su pérdida grandísimo sentimiento en el pueblo, que estimaba sus excelentes cualidades. Fué Juan de Médicis misericordioso, y no sólo daba limosna á quien se la pedía, sino muchas veces, sin demanda, socorría las necesidades de los pobres. Amaba á todos; elogiaba á los buenos, y de los malos se compadecía. Jamás solicitó dignidades, y las tuvo todas; jamás fué al Palacio sin que le llamaran. Deseaba la paz y evitaba la guerra. Socorría á los hombres en la adversidad, y en la prosperidad les ayudaba. Enemigo de toda malversación, procuraba acrecer la fortuna del Estado. Bondadoso en el ejercicio de la autoridad; no de grande elocuencia, pero de grandísima prudencia; de aspecto melancólico, era en la conversación muy agradable y afectuoso. Murió colmado de riquezas, pero más aún de buena fama y de público cariño. Su herencia, no sólo de bienes de fortuna, sino de cualidades del alma, la conservó y aun aumentó su hijo Cosme.

XVII. Cansados de estar presos los volterranos, prometieron, á cambio de la libertad, acceder á cuanto se les pedía. Volvieron libres á Volterra en el momento

en que sus nuevos Priores entraban en ejercicio. Entre ellos figuraba un tal Giusto (Landini), plebeyo, pero de fama en la plebe, que era uno de los que habían estado presos en Florencia. Irritado ya contra los florentinos por la injuria pública á su patria y privada á su persona, le excitó más aún Juan de Contugi, de noble estirpe y colega suyo en la Prioría, aconsejándole que se valiera de la autoridad de los Priores y de su propia influencia, sublevara al pueblo y, librando á la patria del poder de Florencia, se proclamara príncipe.

Aceptado el consejo, tomó Giusto las armas, recorrió la ciudad, prendió al gobernador puesto por los florentinos, y se proclamó, con asentimiento del pueblo, Señor de Volterra.

Esta sublevación desagradó mucho á los florentinos; sin embargo, como habían ajustado la paz con el Duque de Milán, cuyas condiciones acababan de estipular, creyeron poder recuperar pronto á Volterra, y para no perder tiempo, enviaron inmediatamente como Comisarios de esta empresa á maese Rinaldo de Albizzi y á maese Palla Strozzi.

Esperando Giusto que los florentinos le atacaran, pidió ayuda á los sieneses y luqueses. Se la negaron los sieneses, alegando que tenían alianza con los florentinos, y Pagolo Guinigi, señor de Luca, por reconquistar el afecto del pueblo florentino, que creía haber perdido durante la guerra con el Duque de Milán, á causa de saberse que era amigo de éste, no sólo negó auxilio á Giusto, sino envió preso á Florencia al que fué á pedirlo.

En tanto, los Comisarios, para coger á los volterranos desprevenidos, concentraron toda su gente de armas y

alistar en Val d'Arno de Abajo y en el condado de Pisa numerosa infantería, dirigiéndose á Volterra.

Ni porque le abandonaron los vecinos, ni por el inmediato asedio de los florentinos se abatía Giusto, que, confiado en la fortaleza de la plaza y en su numerosa población, se preparaba á la defensa.

Estaba en Volterra un tal Arcolano, hermano de aquel Juan que había inducido á Giusto á apoderarse de la Señoría, y hombre de crédito en la nobleza. Reunió éste á algunos amigos íntimos, y les aseguró que Dios, por medio de aquel accidente, remediaba las necesidades de la ciudad, porque si se decidían á tomar las armas y á privar á Giusto de la Señoría, devolviendo la ciudad á los florentinos, quedarían como principales en ella y conservarían sus antiguos privilegios.

Puestos de acuerdo para esta empresa, fueron al palacio donde se encontraba el Señor; quedaron algunos en las salas bajas; maese Arcolano, con tres de sus cómplices, subió á las habitaciones en que estaba Giusto; encontróle acompañado de algunos ciudadanos; le llamó aparte, como si quisiera decirle algo importante y, hablando, le condujo á una habitación próxima, donde él y sus cómplices le atacaron espada en mano. El ataque no fué tan rápido que impidiera á Giusto valerse de sus armas, hiriendo gravemente á dos de los asesinos; pero, no pudiendo resistir á todos, fué muerto y arrojado su cadáver fuera del Palacio.

Tomaron las armas los partidarios de Arcolano y entregaron la ciudad á los Comisarios florentinos, que con su ejército se habían acercado, quienes, sin hacer trato alguno, entraron en ella. Con esto empeoró la condición de Volterra, pues, entre otras cosas, desmembraron

la mayor parte del condado y la redujeron á vicariato.

XVIII. Perdida y reconquistada tan rápidamente Volterra, no había motivo de nuevas guerras, si la ambición de los hombres no las promoviera.

Había servido bastante tiempo en el ejército florentino, durante la guerra con el Duque de Milán, Nicolás Fortebraccio, hijo de una hermana de Braccio de Perusa. Al hacerse la paz le licenciaron los florentinos y, cuando ocurrió lo de Volterra, aun estaba alojado en Fucecchio, por lo cual los Comisarios se valieron de él y de su gente.

Se creyó entonces que maese Rinaldo, durante aquella corta campaña, le persuadió para que, fingiendo cualquier ofensa, atacara á los luqueses, asegurándole que, si lo hacía, pondría á los florentinos en el caso de acometer esta empresa, y sería él quien la dirigiera.

Recuperada Volterra, y vuelto Nicolás á su alojamiento de Fucecchio, ó por las persuasiones de maese Rinaldo, ó por propia voluntad, en Noviembre de 1429, con trescientos infantes y trescientos caballos ocupó á Ruoti y Cómposito, castillos de los luqueses y, bajando después al llano, cogió grandísimo botín.

Sabida en Florencia la noticia de este ataque, formaban corros en las calles los hombres de todas condiciones, y la mayoría opinaba que se hiciera la empresa contra Luca. Entre los ciudadanos poderosos que la favorecían, estaban los del partido de los Médicis, y con ellos se había unido maese Rinaldo, impulsado, ó por el convencimiento de que era empresa útil á la República, ó por ambición, creyendo que sería él quien dirigiera esta guerra. Los contrarios á ella eran Nicolás de Uzano y su partido.

Parece increíble que en la misma ciudad hubiera tan

distintas opiniones para emprender la guerra; porque aquellos ciudadanos y aquel pueblo que, después de diez años de paz, habían censurado la empresa contra el duque Felipe, hecha para defender la libertad de Florencia, ahora, después de tantos gastos y tantos trabajos, pedían con insistencia se declarara la guerra á Luca para privar á otros de su independencia; y en cambio, los partidarios de la guerra contra el Duque de Milán, censuraban ésta. ¡Tanto varían con los tiempos las opiniones! ¡Tanto más pronta se muestra la multitud á ocupar lo ajeno que á defender lo propio! ¡Tanto, en fin, domina más á los hombres la esperanza de adquirir que el temor de perder; porque de éste no hacen caso si no está cerca, y aquélla aun de lejos acaricia!

Las esperanzas del pueblo de Florencia aumentaban á medida de las conquistas de Nicolás Fortebraccio y por las cartas de los Rectores próximos á Luca; porque los vicarios de Poscia y de Vico pedían licencia para ocupar los castillos que ofrecían entregarse, y en vista de que pronto quedaría conquistado todo el condado de Luca.

Añadiase á esto la conducta del embajador enviado por el Señor de Luca á Florencia para quejarse del ataque de Nicolás Fortebraccio y para rogar á la Señoría que no declarase la guerra á un vecino suyo y á una ciudad que siempre había sido amiga. Llamábase el embajador Jacopo Viviani, y poco tiempo antes le había tenido preso Pagolo Guinigi, señor de Luca, por conspirar contra él. Aunque se le probó la culpa, le perdonó la vida, y por creer que Jacopo, á su vez, le había perdonado la prisión, se fiaba de él. Pero acordándose maese Jacopo más del peligro que del beneficio, llegado á Florencia, impulsaba secretamente á los ciudadanos á la

guerra, cuyo impulso, unido á las otras esperanzas, hizo que la Señoría reuniera el Consejo, acudiendo cuatrocientos noventa y ocho ciudadanos, ante los cuales los principales de la ciudad discutieron el asunto.

XIX. Entre los partidarios más tenaces de la empresa estaba, según antes decimos, maese Rinaldo. Mostraba éste la utilidad de la conquista y cuán propicia era la ocasión, por no oponerse los venecianos ni el Duque de Milán, ni poderla impedir el Papa, preocupado con los asuntos del reino de Nápoles. Añadase á esto la facilidad de conquistar á Luca, sierva de uno de sus ciudadanos, por lo cual había perdido el natural vigor y la antigua costumbre de defender la libertad, de suerte que el pueblo por expulsar al tirano, ó el tirano por miedo al pueblo, la entregarían. Detallaba todas las ofensas que el Señor de Luca había hecho á nuestra República y la malquerencia que le tenía; ponderaba lo peligroso que sería, si el Papa ó el Duque de Milán declaraban de nuevo la guerra, y aseguraba, en fin, que el pueblo florentino no había realizado una empresa, ni más fácil, ni más útil, ni más justa.

Contra esta opinión dijo Nicolás de Uzano que jamás había hecho Florencia empresa más injusta, ni más peligrosa, ni de la cual debieran nacer mayores males. En primer lugar, se iba á combatir una ciudad güelfa, que siempre había sido amiga del pueblo florentino y que muchas veces, con peligro propio, recibió en su seno á los güelfos que no podían permanecer en su patria. Además, en cuanto la memoria alcanzaba, no había recuerdo de que Luca libre ofendiera á Florencia, pues si los florentinos tenían motivos de queja de los tiranos de Luca, como antes de Castruccio y ahora de Guinigi, culpa era